

Para un balance provechoso del año paulino

Joaquín Perea. Instituto Diocesano de Teología y Pastoral.
Presidente del Consejo y director de IGLESIA VIVA. Bilbao.

La celebración del bimilenario del nacimiento de Saulo de Tarso ha dado lugar a numerosos estudios, artículos y reflexiones sobre la figura del apóstol de los gentiles. Muchos de estos trabajos han superado el ámbito de las discusiones técnicas o exegéticas y se han planteado otro enfoque: Pablo visto, entendido e interpretado desde los problemas actuales del mundo y de la Iglesia. ¿Cuáles son las cuestiones que suscita y que continúan interpeándonos? ¿Cómo puede su mensaje tener todavía influjo sobre nuestra cultura? ¿Es posible que la teología vuelva a recuperar la audacia hermenéutica que permitió a Lutero o a Barth renovar en su tiempo la tarea teológica a partir de los textos del apóstol, abandonando lecturas rutinarias, automatismos de los *dicta probantia* de nuestra vieja teología escolástica, glosas inconsistentes, rotundas afirmaciones magisteriales? Reconocido Pablo como una de las matrices de la civilización europea, su pensamiento parece sintonizar con alguno de los desafíos importantes de la hora presente más allá del carácter circunstancial de sus escritos y de la distancia en el

tiempo. El recuerdo de esta gran figura de la Iglesia naciente es digno de consideración en relación con los enormes desafíos con los que se ve confrontada la Iglesia del siglo XXI.

Si Pablo es una figura religiosa e intelectual significativa, ello se debe a que la especificidad de su pensamiento y de su acción nace del entrecruzamiento de una triple herencia: griega, judía y romana. Judío de obediencia farisea (2 Cor 11, 22; Flp 3, 5), en contacto con la cultura griega y con la filosofía estoica en su ciudad natal de Tarso, asumió con orgullo el título de ciudadano romano. Tres identidades que sellan definitivamente su personalidad: la condición de hijo de Israel le permite orquestrar la antinomia de la Ley y de la fe en clave de historia de la salvación; su enraizamiento en el mundo griego repercute sobre su visión de la libertad de los hijos de Dios a escala del cosmos; su adhesión al imperio romano influye en su presentación de la Iglesia como cuerpo social. En definitiva, fue un hombre multicultural, lo que le acerca a una característica típica de nuestro presente mundo globalizado. De ahí que su pensamiento renovó radicalmente la imagen de la persona humana a raíz de su encuentro con Cristo resucitado.

La personalidad religiosa de Pablo, referencia para hoy

No es posible entender la obra y la teología de san Pablo sin tener en cuenta el itinerario de su vida, sin partir de su experiencia personal. La historia del apóstol ha de estudiarse y presentarse desde dos perspectivas conjuntas, la primera más historicista, la segunda más psicológico-espiritual.

No es nada fácil percibir hoy con suficiente exactitud la figura histórica de Pablo. Perdura el debate en torno a la sustancia de su vida y acción. ¿Hasta qué punto puede obtenerse un retrato paulino convincente a partir de las cartas y del libro de los Hechos de los Apóstoles? Las cartas son una fuente subjetiva y polémica; el libro de los Hechos, un escrito apologético en defensa de Pablo. ¿Qué resultados pueden obtenerse del análisis de ambas fuentes? Cualesquiera que sean tales resultados, cosa que los historiadores tienen que desentrañar, es obvio que conviene “desmitologizar” las recreaciones apologéticas sobre el apóstol, incluso las surgidas en el propio tiempo de la redacción del Nuevo Testamento. Su vida anterior a la conversión (fariseo, perseguidor, etcétera) condiciona su apostolado y, sobre todo, su doctrina. Es preciso leer la experiencia de su proceso personal para entender correctamente su doctrina, detectando aquellos elementos fariseos que perduran en

el Pablo cristiano: su fe en la ley y los profetas; la práctica de la oración en el templo; la esperanza en el cumplimiento de las promesas y la expectativa de la parusía inminente; la certeza de la resurrección.

Ahora bien, esa perspectiva historicista debe subsumirse en el acontecimiento decisivo de su conversión. El encuentro en el camino de Damasco puede y debe entenderse como emblemático de ese momento de la vida de las personas en el que se produce una revolución interior, cuando el sentido de la vida bascula, cuando algo nos sucede que hace que ya nada sea como antes. El acontecimiento de Damasco no interpela solo a los que creemos en el Resucitado. Toda persona, sea creyente o incrédulo, tiene el peligro de olvidar el sentido verdadero de su destino: se repliega uno sobre sí mismo, considerándose el centro del mundo. Una máscara para disimular la esencial fragilidad del ego. Salir de la supervaloración de sí mismo, cuestionar la potencia del orgullo humano fue el gran desafío de Pablo. Todo cambio profundo en la vida, más que el resultado de un cara a cara consigo mismo, es el resultado de la intervención de Otro que tiene fuerza para tirarnos del caballo y hacernos avanzar. El choque que representa todo encuentro profundo es una apertura a otra comprensión del propio destino.

Toda experiencia de fe cristiana tiene un profundo parentesco con la conversión de Pablo

Para el cristiano, sin embargo, el encuentro de Damasco tiene una significación adicional. Es un movimiento de conversión que determina el paso del hombre viejo (Saúl) al hombre nuevo (Paulo) e inaugura una transformación radical del conocimiento de sí propio. Su encuentro con Jesús "Hijo de Dios" profundizó la relación con Dios que Pablo había cultivado desde su juventud. Desde entonces ya no se refiere a sí mismo, sino a Cristo resucitado que le ha interpelado. Todo lo que ha logrado ser como anunciador del evangelio se lo debe a Jesús y no al propio genio personal. El Resucitado se le ha aparecido y le ha llamado al seguimiento; aquí está el secreto de su actuación, no en un proyecto propio grandioso para revolucionar el mundo. Pablo sigue fielmente el camino que se le indica, aunque lo hubiera imaginado de manera bien distinta; es un intérprete del Señor resucitado.

Aquí esta su grandeza. Toda experiencia de fe, sea el fruto de una revelación brusca o de una maduración más larga y secreta, tiene un profundo parentesco con la conversión de Pablo. Y nunca se puede olvidar que ese núcleo duro de la fe cristiana es una piedra de escándalo en las controversias del cristianismo con las filosofías, porque no entra en las categorías de la

razón. Esa ruptura inaugura un nuevo tipo de pensamiento atravesado por las paradojas que vuelcan del revés los valores de este mundo. Creer en la resurrección no es hoy más fácil que en tiempo de Pablo. Porque según el sentir de no pocos esa creencia es una forma de huir de la condición humana y rehusar la realidad de la muerte.

Dificultades para acercarse al pensamiento de Pablo

Para los cristianos actuales no resulta fácil el acercamiento a san Pablo. Sus cartas, las cartas consideradas como auténticas, parecen difíciles, a veces abstractas, llenas de una teología teórica y en muchos casos moralizantes. Por otra parte se achaca a su pensamiento ser antifemenino, enemigo de la sexualidad y del cuerpo. Además trata de problemas que ya no subsisten o que están superados.

Salir al paso de esta problemática requiere comprender lo que son los escritos de Pablo. Para leerlos con fruto hay que partir del hecho de que se trata de cartas ocasionales a amigos, relacionadas con situaciones concretas. Sirven a la continuación del diálogo personal. Utilizan los medios y estructuras del lenguaje oral. La mayoría de ellas responden a circunstancias apremiantes de controversia y preocupación que se manifiestan en la polémica, la contradicción, las contraposiciones retóricas, la afirmación de la propia autoridad frente a sus opositores, etcétera. No son tratados de teología. No sirven tal cual para ser aplicadas a todas las situaciones y lugares, mucho menos del presente.

Pablo era un pensador teológicamente creativo que elaboró desde la fe sus experiencias, conflictos, situaciones singulares, relaciones con las comunidades

Pero tampoco son escritos meramente ocasionales, sino que tienen una alta pretensión en cuanto a su validez, sus exigencias, sus contenidos teológicos. Pablo era un pensador teológicamente creativo que elaboró desde la fe sus experiencias, conflictos, situaciones singulares, relaciones con las comunidades. Supo trasladar el mundo del pensamiento y la tradición judía a los conceptos populares y filosóficos del mundo helenista y romano. Tradujo el mensaje del Reino, comprensible para los judíos, en un evangelio para los ciudadanos greco-romanos del imperio. Es una teología acuñada por las dificultades, heridas y problemas de su actividad misionera.

Una experiencia de libertad

La libertad de la que hablamos no es obviamente la propia de la modernidad; en la tradición judía, a la que Pablo estaba ligado, el término libertad tenía otras connotaciones. No obstante, la experiencia del apóstol tiene un valor universal, también para nosotros hoy, y esta puede ser igualmente una lección del año paulino. San Agustín lo entendió muy bien cuando interpretó el concepto paulino de libertad desde la oposición a aquello que nos esclaviza, aquello de lo que nos liberamos. Liberados del pecado, hemos sido hechos esclavos de Dios (Rom 6, 22). La vida en el pecado y en sus efectos, los impulsos de la concupiscencia, constituyen una verdadera esclavitud. A veces es como una absorción física que no se tiene fuerza para resistir.

Aquí aparece la convicción de Pablo: de Dios viene la salvación. Cuando nos agarramos a la mano salvadora de Dios y El nos hace libres, nos introduce en un espacio de relación protectora con El. Solo en ese ámbito puede ser verdaderamente libre la persona humana, puede desarrollarse, hacer fructificar las propias capacidades y encontrar su propia salvación.

Pablo ha experimentado cómo ese proceso de relación con Dios en Cristo lo ha liberado; y ello lo expresa de forma hiperbólica diciendo que ahora es "esclavo de Cristo" (Rom 1,1) para subrayar lo firme que es su vinculación con El. Así define Pablo la libertad, partiendo esencialmente de la vinculación con Dios. Con obstinación defiende la novedad de la forma de vida mesiánica que consiste en una libertad específica para habitar el mundo y en la gracia de una asociación con el Dios fiel que salva por la fe, fe que es irreductible a cualquier ley.

¿Puede esta concepción de la libertad tener atractivo todavía hoy para quienes consideran haber dejado atrás la época de infancia de la humanidad, vinculada a concepciones religiosas alienantes, como estas del pecado? Realmente solo quien ha gustado la verdadera relación filial, la plenitud de vida con Dios, sabe que ello es verdadera libertad. Y que ello se constata en que, mientras el pecado no nos deja libres de sus ataduras, Dios no nos quita la posibilidad de abandonarlo nuevamente, aunque siempre deja a la libertad humana el ser otra vez cautivada por el amor.

Según la experiencia paulina es el Espíritu del amor el que nos conquista. Somos libres en la medida en que ese Espíritu "habita en nosotros" (Rom 8, 2-11). El Espíritu busca conducirnos a una libertad cada vez mayor, la libertad de la muerte, haciendo morir en nosotros las obras del cuerpo (v. 13).

Por tanto, vivir en la libertad del Espíritu significa que Él nos indica una "vía" que se aprende a distinguir de toda "des-viación", significa que poseemos una medida con la que podemos relacionarnos con todo lo demás y relativizarlo. No porque esto o aquello no me agrada, sino porque el Espíritu me muestra otro camino, escojo en determinadas circunstancias lo insólito. Esta actitud preserva de una falsa uniformidad que nos estrecha desde fuera. De esta manera el Espíritu hace libre a la persona.

Pablo conservó siempre aquella libertad interior que le consintió afrontar lo que se le presentaba, sin adaptarse a ello de manera falsa ni a causa de convenciones exteriores, sino partiendo de su vinculación interior con Dios (1Cor 9, 1.19-23).

Un Jano bifronte en el umbral entre los dos Testamentos

Ha sido bastante controvertida la actitud de Pablo frente al judaísmo. ¿Rompió de forma radical con la Ley mosaica? ¿Estuvo su corazón dividido entre la tradición de los padres y la novedad del evangelio, su personalidad escindida entre la ley y la libertad?

Las preguntas no son meramente retóricas. En el momento de su vocación, pocos años después de la resurrección de Jesús, algunas comunidades ya aceptan como miembros de pleno derecho hombres y mujeres que no son de origen judío. ¿Debían circuncidarse en todo caso y cumplir la Tora? ¿Bastaba con observar ciertas exigencias de mínimos en relación con las comidas y las prescripciones de purificación? ¿O no estaban sometidos en absoluto a la Ley? Y a los judíos sujetos a la Ley ¿les estaba permitido tener comunidad de mesa con los cristianos provenientes de la gentilidad, que no se atenían a la Ley? ¿Se mantienen ambos caminos uno al lado del otro? ¿O bien la muerte y resurrección de Jesucristo ha abierto a judíos y no judíos un camino a la salvación independientemente de la circuncisión y de la obediencia a la Ley porque en definitiva todo depende solo de la fe en Jesucristo en quien todos son uno?

Todas estas preguntas le venían a Pablo no solo de fuera, sino también de dentro, de su propia biografía. Sus cartas auténticas muestran que no solo el cristianismo naciente en el decurso de un tiempo relativamente corto de una veintena de años ha hecho camino hacia un movimiento autónomo con su propia identidad, sino que también el apóstol en su actuación ha desarrollado su pensamiento, no en solitario, sino en un trabajo intensivo con sus colabora-

dores, en debate con el desarrollo general de las comunidades, en confrontación con la crítica y los ataques por parte de los judíos y de sus propias filas.

El debate actual sobre los textos centrales de Pablo al respecto (Gal 1, 13-14; 2; Rom 7, 12-14; 8, 4; 9, 1-5; 10, 2; 13, 9; 2 Cor 3, 6), tal como se ha visto también durante el año paulino, matiza posiciones anteriores unilaterales de la exégesis y, sobre todo, de la actitud general de los cristianos frente al judaísmo.

Para Pablo la Ley sigue teniendo la finalidad de descubrir el pecado y así lograr que sea perdonado en la medida en que la persona lo descubre, lo reconoce y lo rechaza. Es decir, la Ley tiene por objeto dar al pecado su nombre, pero no tiene la capacidad de perdonar la transgresión. El perdón corresponde a Cristo por pura gracia, para quienes se fían de El. El "servicio de la muerte" y el del "perdón" son correlativos. Pablo distingue, pues, dos medidas según las cuales se manifiesta el actuar de Dios: a través de los preceptos nos dice lo que es bueno y lo que es malo, lo que debemos y no debemos hacer; en la confianza nos ofrece el perdón. Esta segunda medida presupone la primera, no la abole. El perdón brota de la misericordia de Dios. A causa de su magnánima generosidad nos ha liberado por medio de Cristo y precisamente del pecado, no de la Ley.

Para Pablo la Ley tiene por objeto dar al pecado su nombre, pero no tiene la capacidad de perdonar la transgresión. El perdón corresponde a Cristo por pura gracia

La muerte y resurrección de Jesús es el centro de toda la cuestión; en ella Dios ha proporcionado definitivamente al mundo la salvación y cumplido sus promesas al pueblo de Israel. Los creyentes en El ya no están sometidos al poder del pecado, a las estructuras injustas de este mundo, a las propias pasiones, a la Ley en definitiva, y con ello entregados a la muerte y al juicio de Dios. Su vida está ahora determinada por la realidad de Jesucristo y la fuerza de su Espíritu. El pecado y la muerte han sido superados, la Ley ya no les condena, las fuerzas injustas y esclavizantes de este mundo han perdido su influjo sobre ellos, ya viven "en Cristo" como una "nueva criatura". Independientemente de su origen religioso o étnico y de su sexo o estado social, viven como hijos e hijas de Dios y miembros del cuerpo de Cristo, que ajustan la vida a su ley del amor. Todo esto tienen que agradecerlo no a su origen, a su obediencia o a su rendimiento, sino que les ha sido regalado por la acción liberadora y salvadora de Dios en Jesucristo, que no mira a la apariencia de la persona.

En consecuencia no se debe abusar de la magnanimidad de Dios como pretexto y excusa para el propio egoísmo, sino que hay que servirse de ella para cumplir la ley del amor.

Esta convicción paulina fundamental tuvo amplias consecuencias para la convivencia de cristianos de origen judío y no judío y para la relación entre la Iglesia naciente y el judaísmo. El paso que dio Pablo al aceptar el evangelio no exigía a un judío alejarse o renunciar a la alianza con Moisés, sino que le ampliaba su conocimiento de Dios, le daba un conocimiento pleno respecto del que poseía antes.

Las tensiones surgen en el interior de la comunidad cristiana (no en el debate hacia fuera con el judaísmo) cuando se plantea la cuestión de si es posible convivir, por ejemplo, al tomar la comida en común. Pablo afirma que los provenientes del paganismo no son impuros, se puede comer con ellos. Con lo cual la Ley no queda abolida, sino aclarada en su sentido en relación con un ámbito particular: cómo aplicar algunas prescripciones. En definitiva: no se discute la Ley judía en ningún lugar, en ninguna parte se dice que los judíos que se adhieren a Cristo deben abandonar su judaísmo.

Lo dicho hasta aquí en el presente epígrafe nos hace ver que Pablo es una luz imprescindible para el estudio de la Sagrada Escritura de cuya primera parte (nuestro "Antiguo Testamento") saca él constantemente temas para afrontar los problemas de su tiempo (nuestro "Nuevo Testamento"). Y desde aquí podemos sentir que se nos dirige una grave pregunta: en estos más de dos mil años de cristianismo ¿hemos facilitado a los creyentes judíos el acceso a un conocimiento pleno de la Alianza de Dios con Moisés? ¿O no lo hemos hecho imposible con el desprecio, la altanería, la persecución? Y para aquellos que dieron el paso, ¿por qué no les hemos concedido un espacio propio, como ha sucedido con los diversos ritos de la Iglesia católica o las actuales situaciones de los que dejan el anglicanismo o con los seguidores de Lefebvre?

Su conciencia de pastor

Pablo era un místico que vivía de una profunda vinculación existencial al Mesías Jesús (Ga 2, 20; Fil 3, 8-9). Esta inmediatez de la relación con Jesucristo pone en segundo plano todo lo demás. Pero ello no le hace un extraño al mundo real. Se mantiene independiente, tanto en el orden económico (sigue

trabajando) como en el orden teológico: ha recibido su evangelio directamente del Mesías. A pesar de lo cual es un hombre vulnerable, con las limitaciones físicas que nos cuenta, con una apariencia personal no muy distinguida (2 C 10, 10). Tuvo muchas contrariedades en su trabajo evangelizador, de carácter físico y también en razón de los ataques de sus adversarios.

Una característica típica de Pablo es su lucha por la autenticidad del evangelio: la preocupación porque esto quede garantizado en sus comunidades explica el desarrollo de muchas de sus cartas. Es destacable su capacidad para buscar colaboradores: en sus escritos aparecen más de 40 nombres propios. Pero igualmente se descubren ambivalencias en las epístolas: por ejemplo, les habla de libertad y al mismo tiempo se presenta como padre y exige obediencia.

En un momento histórico en que subsisten muchas oscuridades y preguntas en relación con la tarea y la conciencia de los pastores, sean presbíteros o laicos, el recuerdo de Pablo ofrece valiosos impulsos.

Ante todo, el anclaje de su tarea de predicación y de toda su existencia en el encuentro con Jesús crucificado y resucitado quien para Pablo no es una figura del pasado, sino que es experimentable en la comunidad, cuerpo de Cristo, en razón de la actuación del Espíritu y que está presente en el mundo. En segundo lugar, su independencia tanto de las comunidades como de las autoridades eclesíásticas que resulta de ese anclaje en la propia experiencia mística (y también de la independencia económica que le da el trabajo en su oficio), y que resulta asimismo del coraje para pensar por propia cuenta. En tercer lugar, como veremos a continuación, la rectitud intelectual y existencial de una teología vinculada con la propia biografía, con la lucha personal y con los lados oscuros de la vida, pero que también asume los debates, tradiciones y valores tanto de la tradición judeo-cristiana como de la propia cultura y mundo vital. Finalmente la capacidad para asociar singularidad y perfil personal bien definido con una elevada disponibilidad para la colaboración y el trabajo en equipo así como con una alta valoración y unión a sus comunidades.

Pablo era un místico que vivía de una profunda vinculación existencial al Mesías Jesús. Esta inmediata relación con Jesucristo pone en segundo plano todo lo demás

Universalismo del anuncio

Para Pablo su actuación es el cumplimiento de una encomienda recibida del Resucitado, un ministerio o servicio a realizar en su nombre. Consiste en un combate de la fe y una carrera a emprender; es el anuncio de una noticia verdaderamente nueva para el mundo. Así se entiende su radicalidad de la ruptura con la Ley y con el judaísmo; su empeño en lo que hoy llamamos inculturación; su preocupación por el universalismo del anuncio, en definitiva.

Pablo tuvo una importancia decisiva para la historia del cristianismo primitivo. Como hemos indicado, su actuación tiene lugar en una encrucijada en la que se plantea la cuestión de si los seguidores de Jesús el Cristo han de ser considerados como parte del judaísmo o si, en cambio, es necesario abrirse a los no judíos. Pablo es en gran parte responsable de que esta cuestión fundamental para los cristianos se resolviera en el segundo sentido. A él debemos que la fe en Jesús como Mesías, modelada inicialmente por el judaísmo palestino, no haya quedado confinada allí. Fue inculturada en el helenismo, la cultura dominante de la época.

Hay que reconocer la originalidad y radicalidad de su anuncio en el registro de la universalidad, la potencia de su gesto más allá de las épocas y los contextos, su perspectiva sin restricciones hacia toda persona humana. No es que suministre llave en mano la fórmula de un mundo nuevo, pero disemina por todas partes gérmenes liberadores que hacen estallar las carcasas en las que el hombre no cesa de encerrarse y que reconstruye a cada paso. La absoluta singularidad del universalismo paulino entre las culturas y las religiones tiene valor de paradigma frente a las aporías del presente. Es que tal universalismo no es una especie de generalización abstracta: la salvación es universal, pero cada persona tiene una singularidad única. Esta conjunción depende de la lógica radicalmente nueva del amor-agape, como amor del otro tal como es, aunque sea el enemigo.

Pablo ha marcado el pensamiento occidental iniciando un universalismo que supera los particularismos y se opone al fanatismo identitario

Pablo ha marcado el pensamiento occidental iniciando un universalismo que supera los particularismos y se opone a todo fanatismo identitario. Abre la salvación a todos y pone la dignidad de cada uno como un absoluto inalienable. Defiende la unidad del género humano por encima de los criterios de diferenciación étnica, social o sexual.

La convicción paulina de la unidad del género humano es una herencia frágil y una tarea a poner en marcha incansablemente contra las diferentes formas de deshumanización y de tiranía.

La forma como Pablo enfocó las dificultades y obstáculos, con escasez de medios para la expansión del evangelio ilumina nuestros problemas actuales. Es realmente llamativo el hecho de que Pablo no quiere evangelizar allí donde Cristo es conocido, sino que se lanza con valentía a territorios nuevos y desconocidos.

Aquí vuelve a aparecer la figura del Espíritu. La clave única del resultado de su actuación está en que para el apóstol todo en su proceder era fruto de la acción del Espíritu. Pablo es paradigma y modelo actual de escucha, acogida, discernimiento y docilidad al Espíritu; en su vida y misión ocupa un lugar central, tiene un protagonismo singular. El Espíritu elige ("separa") y envía a Pablo a la misión a la que ha sido llamado por el Resucitado, especialmente en su salto a Europa. Y Pablo secunda fielmente las iniciativas y es dócil al soplo del Espíritu: es su "prisionero". ¿Mantenemos hoy en la Iglesia la misma certeza e idéntica disponibilidad para con el Espíritu ante las llamadas de nuestra época?

El teólogo cristiano

Aunque algunos ponen sus bemoles a la afirmación, suele decirse que Pablo es el primer teólogo cristiano en el sentido estricto de la palabra. Una nota característica de la teología de Pablo es su contextualización, es decir, no puede separarse de la situación en la que nace y se desarrolla: la realiza a partir de su biografía, de la situación de las comunidades, de los conflictos en el interior de la Iglesia que nace, de la confrontación con los judíos, con la filosofía y la ética de la cultura griega, con el pluralismo religioso en las ciudades del imperio romano. Además su teología no nació exclusivamente de su reflexión personal, sino también del diálogo dialéctico con el naciente pensamiento cristiano en los otros apóstoles, en sus colaboradores y en las comunidades.

Conviene tener en cuenta lo dicho acerca de la cristofanía como realidad permanente en él: le impulsa no solo en su actuación apostólica, sino en la profundización en la doctrina. La novedad de su pensamiento, lo originario, lo propiamente creativo procede de esa experiencia espiritual: la centralidad de Jesucristo muerto y resucitado, el tema de la gratuidad, la voluntad salvífica

universal divina, el bautismo como identificación con la pro-existencia de Jesús, la doctrina de la justificación por la fe, la libertad cristiana (interior y exterior), la significación del Espíritu, los carismas, su posición para con el judaísmo, el conflicto con los que retuercen el evangelio, su concepto de las comunidades, la Iglesia como cuerpo de Cristo, el señorío final de Jesucristo, etcétera. Todo procede de allí; la experiencia de Cristo resucitado es el eje central de su teologizar.

Por otra parte la teología de Pablo dista mucho de ser una reflexión para uso exclusivo de las comunidades. Su pretensión del señorío único de Jesucristo tenía una repercusión inmediata sobre el entorno social y político. Todas las otras pretensiones de señorío, incluida la del César, quedaban derogadas. Y la ley del amor, que rompe las diferencias entre pobres y ricos, esclavos y libres, instruidos e incultos, desarticula todas las demás reglas y legitimidades que determinan la vida común.

Hombre de la ruptura y de la apertura, Pablo está atravesado por las divisiones de su tiempo y por las propias contradicciones

Siempre hay que tener en cuenta que la teología de Pablo no es un pensamiento acabado de una vez, no encaja en un sistema coherente. Es una teología en proceso que se desarrolla según las necesidades de los destinatarios, según las circunstancias concretas. Sus posiciones teológicas evolucionan y cambian a lo largo de su vida en respuesta a las coyunturas.

No puede ignorarse que el contenido del mensaje paulino no ha cesado de suscitar lecturas divergentes. Algunos le asocian a las dimensiones más conservadoras del cristianismo, subrayan su misoginia o su mantenimiento del *status quo* acerca de la esclavitud. Para otros, por el contrario, representa un modelo revolucionario que ha contribuido a destruir un orden social profundamente desigualitario. ¿Cuál es su verdadero mensaje y por qué da lugar a interpretaciones tan diferentes? Hombre de la ruptura y de la apertura, Pablo está atravesado por las divisiones de su tiempo y por las propias contradicciones. Es portador de interrogantes que no han cesado de apremiarle y que son también las nuestras: ¿cómo lograr la unidad en medio de las diferencias? ¿Cómo conciliar lo particular y lo universal?

Esta forma "inductiva" del teologizar de Pablo nos puede ayudar a elaborar una teología que se vincule a él. Si el pensamiento teológico actual quiere conectar con las experiencias y convicciones de las primitivas comunidades, elaboradas teológicamente por Pablo, debe forjarse en el interior de contex-

tos centrales actuales de orden cultural, religioso, social y político, teniendo siempre en cuenta los conflictos que ahí surgen, en cuyo interior debe tomar la palabra el mensaje liberador del amor salvador de Dios en Jesús. ¿En qué nuevas experiencias y símbolos deberá encarnarse el lenguaje de la teología para lograr que se oiga en la Iglesia y en la sociedad lo escandaloso y subversivo, lo que hace invulnerable y sorprendente al evangelio paulino? En una Iglesia y en una sociedad que acepta como evidencia incontrovertida las diferencias entre ricos y pobres, entre poderosos y explotados, cuyas leyes cimentan el influjo de los poderosos a costa de los impotentes y que parte del principio de que el dinero rige el mundo y donde los principios de rendimiento y eficacia reclaman sin piedad sus víctimas, ¿cómo puede ponerse sobre la mesa la enseñanza paulina acerca de la absoluta igualdad de todos los redimidos en Cristo?

“Elogio de la locura”

Erasmus de Róterdam en la obra de ese título, que es un ejercicio crítico respecto del dogmatismo escolástico y la rigidez de pensamiento en general, pone de relieve el valor de la locura como fundamento vital para el desarrollo humano. Pues bien, quizá sea oportuno terminar esta introducción relejendo el discurso de la locura de Pablo, verdadera obra maestra literaria, en 2 Cor 11, 1-12, 18.

Frente a aquellos que en Corinto le critican duramente y se dan aires de grandeza pero son pseudoapóstoles, se ve obligado a mencionar experiencias personales que un hombre bien educado no expresaría: la sinceridad de su amor para con ellos, sus preferencias humanas y espirituales, las revelaciones de Dios, los ataques de Satanás. De esto no se debería hablar, pero frente al ataque de quienes le consideran un presuntuoso, rompe con sus indecisiones pues no ve otra posibilidad de demostrar cómo su servicio es genuino; se encuentra de espaldas a la pared. No vemos aquí a un gallo de pelea, sino a un hombre lleno del Espíritu Santo, que lucha para mantener incontaminado el mensaje que le ha sido consignado, para conservar la pureza del servicio apostólico y para favorecer la vida espiritual de aquellos que le han sido confiados. Todo tiende a manifestar que Dios obra en él. Conviene considerar cómo Pablo procede en su razonamiento para aprender algo en el contexto de nuestras polémicas actuales, con objeto de que al final no llene el espacio de la Iglesia el barullo y la oscuridad humana, sino la gloria del Señor.

La influencia de Pablo en la historia ha sido extraordinaria ya desde los primeros años; sus cartas se pusieron pronto en circulación y fueron muy leídas a pesar de su "difícil comprensión" (2 Pe 3, 15-16). También algunos lectores de hoy, como hemos dicho, se preguntan si tenemos que seguir leyendo determinados textos.

Ciertamente sus cartas, vistas en conjunto, son exigentes. No solo su pensamiento plantea problemas, también su persona resulta poco accesible a muchos. Pablo no es un santo que digamos "popular". Por ello es preciso leer ese texto de la carta segunda a los corintios y escuchar su invitación a recorrer con él el camino de Cristo que se ha anonadado y ha dado su vida por nosotros. Es verdad que el camino que nos propone es muy empinado y no todo cristiano tiene ánimos de escalador.

Pero quizá ahí logremos descubrir una ocasión favorable. Podría decirse que su figura aun está inexplorada. Los efectos del año paulino han de verse en relación con aquellos ámbitos que son los más propios suyos, a los que hemos hecho referencia en estas breves páginas, en los que el apóstol por excelencia puede mostrarnos el camino para abordar los problemas difíciles que tenemos hoy ante nosotros.